

De este modo, cuando el próximo verano vuestros cariñosos padres os regalen un abanico para que os defendais de los rigores del calor, podreis sorprenderles agradablemente contándoles algunos datos acerca de la invención de tan útil instrumento, los cuales son fruto de mis diversas lecturas.

Ahora, con vuestro permiso, entro en materia.

La invención del abanico se remonta á una época muy lejana. Tuvo su origen en los climas de Oriente, donde la temperatura sofocante exige el empleo continuo de todos los medios útiles para refrescar la atmósfera.

En Egipto, según un historiador, en tiempos de guerra eran enarbolados á guisa de estandartes, y durante los de paz servían en los templos para ventilarlos y apartar los insectos volátiles que se posaban en los objetos del culto.

Una leyenda china explica el origen del abanico de la siguiente manera: «Una noche, la hija de un mandarín, que se encontraba en la fiesta de las linternas, á causa del excesivo calor se vió obligada á quitarse la careta. Por no exponer su rostro á las miradas profanas, sostuvo el antifaz lo más cerca posible de la cara, agitándolo continuamente para hacerse aire. Con la rapidez del movimiento que imprimía su mano al antifaz, no dejaba distinguir su fisonomía. Las otras damas testigos de esta atrevida y encantadora innovación, la imitaron, viéndose de repente millares de manos agitando los antifaces.» Este acontecimiento originó la invención del abanico, según la leyenda; pero una crónica japonesa atribuye la invención á Tamta, el cual, viendo, el año 670 de la era cristiana, *volar* á un murciélago, concibió la idea de imitar con tela los movimientos de las alas de dicho animal.

Desde China se extendió el uso del abanico por la India y Persia, donde los fabricaban con crines.

En Grecia se usaban también los abanicos. Primero los hacían de ramos de mirto y hojas de plátano. Después, en el siglo V de nuestra era, los fabricaban de plumas de pavo. En Roma los construían de tablitas de madera muy finas y perfumadas, para uso de las damas. En los grandes banquetes, los esclavos, provistos de abanicos, se colocaban detrás de los convidados para espantarles las moscas. Una elegante romana no salía de casa sin ir acompañada de una esclava que le llevase el abanico.

Los poetas Terencio, Ovidio y Propercio aluden en sus obras al uso del abanico. Aun puede verse en las pinturas de los vasos antiguos, en los bajos relieves y otros objetos artísticos, lo mucho que se había generalizado su moda.

En la edad media, los abanicos se construían con plumas de faisán sujetas á un mango de oro, plata ó marfil. Las damas los llevaban pendientes á la cintura por medio de una cadena de metal.